

Besos de ceniza

Un escalofrío sacudió su cuerpo al oír el sonido penetrante del aullido. La solitaria llamada en la noche rasgó el velo de lo real adentrándose en lo efímero e insustancial. En el otro lado, el lamento del lobo fue tan sólo el inicio, igual que el guijarro lanzado al medio del estanque, cuyas ondas se extienden sin control.

“*Ven*”. Voces huecas y frías le llamaban. Eran hilos de telaraña que colgaban de las ramas de los árboles, ahora retorcidos como el alma de los que cayeron, hilos que buscaban enredarlo, atarlo, alzarlo para después lanzarlo al abismo.

Él sentía cómo el bosque cambiaba. Notaba la falsa vida que ahora pretendía erigirse como juez y verdugo, sustituyendo la mirada de colores que lo habitaban en la luz por el negro y el rojo de la noche y la sangre. A su alrededor el aire se agitaba inquieto, temeroso. Sus partículas inanimadas se habían vuelto conscientes y, con trémulo y nervioso movimiento, advertían del peligro que acechaba.

Avivó las llamas de la hoguera a modo de única defensa, intentando que la claridad ahuyentase las voces nocturnas que, a modo de fieras, merodeaban cerca, cada vez más cerca.

A pesar de las mismas, no tenía miedo. Estaba allí para encontrarse con ella y el temor era lo último que podía permitirse. Llevaba demasiado tiempo buscándola como para perderla estando tan cerca. Por eso escuchaba los susurros detenidamente, separando los sonidos guturales de los tonos más claros, diferenciando entre hombres y mujeres. También había niños e incluso voces asexuadas que probablemente pertenecieran a horrores, los cuales perdieron su humanidad antaño o quizás descendieron a los infiernos mientras trataban de alcanzarla. Pero no podía huir, no quería huir.

Divagando por los crispados pasillos de sus recuerdos, los murmullos que le rodeaban le guiaron al día en que la conoció. Él no era más que uno de tantos. Gris y apático, que no vivía, sino que tan sólo se dejaba llevar por el maremagno de la existencia, cuando la vio fijarse en él. Y todo a su alrededor se emborronó. No existía nadie más que ella, con sus formas, casi malignas y embrujadoras, como luego confirmó, en ese primer contacto. Era consciente de la fina y tenaz urdimbre en la que le fue envolviendo desde entonces pero no importaba. Le había elegido a él y se ofrecía voluntariamente a ser devorado y a danzar por la espiral negra que conduce al Averno.

Expectante, miraba alrededor, atento a los movimientos que le rodeaban, escudriñando la maleza y las copas oscuras de los árboles, transformadas en cálices que vertían los efluvios de Muerte y su hermano Sueño, vapores densos con olor y sabor antiguos, mezclados con la niebla y arrastrados en derredor, formando un manto que cubría todo el bosque para que la luz estelar no penetrara en él, excepto en el claro donde se hallaba, esa jaula a cielo abierto en la que estaba voluntariamente encerrado, condenado a perderse, esta vez en el olvido, por ella, quien le había dado y quitado la vida, enseñándole nuevas lecciones mientras le obligaba a relegar lo que sabía a un rincón perdido en el espacio y el tiempo.

Había llegado al calvero a través de una trocha que continuaba al otro lado de la zona despejada. Su mirada permanecía fija en ella, estudiándola, deseando una señal que le confirmara sus anhelos. Que le permitiera desvanecer el último resquicio de incertidumbre que aún se atrevía a permanecer en su mente. No podía consentírselo, no podía dudar. Había borrado el temor al fracaso en su búsqueda, ahora tenía que eliminar el pensamiento de que no fuese verdad su deseo. La respuesta que disipó este instante tan peligroso para su éxito último llegó con un rayo de luna, que hizo brillar algo a lo

lejos en la ruta a seguir. Esbozó una sonrisa esperanzada y se incorporó dispuesto a aceptar el fatal regalo de su amada.

Pausado y firme se adentró nuevamente en la espesura abrumadora y asfixiante en dirección a la suave luz, ignorando las voces que aún lo llamaban, ahora furiosas por la muda ignorancia con la que respondía a sus requerimientos, arrinconándolas junto con el resto del opresivo paisaje amenazante que le circundaba. Sólo existía la tenue claridad que marcaba su meta, el resto eran los colores oscuros de la paleta de un pintor loco, mezclados sin sentido y plasmados en un lienzo viejo, agrietado por las heridas de los siglos.

Llegó a su destino frente a ella. Reposaba en medio del aire, perfecta y etérea como un copo de nieve. Estaba flanqueada por dos troncos curvados de manera inverosímil, retorcidos de un modo tan irreal y verdadero como los habitantes de los sueños. En su madera había rostros congelados en un grito agonizante, en un estertor de pánico, en una mirada lasciva... Pero su amada existía en el mundo aparte que ambos compartían en ese instante. No podía ser una mentira, un espejismo. No ahora.

La túnica inmaculada que cubría su cuerpo era la falsa inocencia que desprendió en su vida, su cabello, leve a su alrededor, eran los lazos que tan fuerte le habían atado a su diosa y sus manos eran las del artesano que, pacientemente y sin descanso, moldearon su alma, haciendo que, desde un trozo de barro húmedo e informe, naciera un ángel caído que jamás holló el Cielo.

Un dilema final cruzó la distancia entre ellos. Besarla era renunciar a toda esperanza, negarse el perdón y la misericordia. No hacerlo era volver a los claroscuros de su anterior existencia, a la nada del día a día, a la seguridad, a la tranquilidad de lo cotidiano, tal vez a la posibilidad de ser. Alguien. Algo. Ser. Recuperar la posibilidad de escoger, de elegir por si mismo. Convertirse en su propio dios, en su propia ley.

Tal vez sí. Dio dos pasos y se fundieron en un beso amargo y seco. Un beso de ceniza. Sus labios se separaron para dar paso a una carcajada casi demoníaca proveniente de ella, a la que él respondió dulcemente con una sonrisa. La niebla se retiró mansamente y las voces callaron. Los amantes se desvanecieron en un viaje infinito. Una a una, las estrellas recibieron permiso para limpiar con su argéntea luz los restos impuros. Con un último adiós se hizo la calma.

¿O quizá no? Dio dos pasos y se alejó de ella. Sus labios se secaron al renunciar al néctar prometido, quedando sólo el sabor amargo de un beso de ceniza. A su espalda oyó una carcajada casi demoníaca proveniente de ella, a la que él respondió dulcemente con una sonrisa. La niebla se retiró mansamente y las voces callaron. Los amantes se desvanecieron en un viaje infinito. Una a una, las estrellas recibieron permiso para limpiar con su argéntea luz los restos impuros. Con un último adiós se hizo la calma.

A la mañana siguiente lo encontraron muerto junto a un fuego apagado. Una sonrisa esbozada en su rostro, la paz en su mirada y una túnica inmaculada atada a sus manos por un único cabello.